



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA SAN FELICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
CAPÍTULO PRIMERO

### El palacio Corsini en Roma

Ya que nos hallamos camino de Roma, nos adelantaremos á nuestro embajador y entraremos antes que él en casa de Championnet, así como entramos en la del carretero maese Antonio.

En uno de los más espaciosos salones del inmenso palacio Corsini, sucesivamente ocupado por José Bonaparte, embajador de la República, y por Berthier, el cual fué á vengar el doble asesinato de Basseville y de Duphot, se paseaban dos hombres el jueves 24 de Septiembre, entre once y doce de la mañana, deteniéndose de cuando en cuando cerca de unas grandes mesas sobre cuyo tapete había un plano de Roma antigua y moderna, un mapa de los Estados romanos reducidos por el tratado de

Tolentino y una colección completa de los grabados de Piranesi; otras mesas más pequeñas sustentaban rimeros de libros, entre los cuales se veían mezclados sin orden ni concierto un Tito-Libio, un Polibio, un Montecuculi, los *Comentarios* de César, un Tácito, un Virgilio, un Horacio, un Juvenal, un Maquiavelo, en fin, una colección casi completa de libros clásicos relativos á la historia de Roma ó á las guerras de los romanos; además, sobre cada una de aquellas mesas había una escribanía y varias hojas de papel cubiertas de notas manuscritas, objetos que indicaban claramente que el inquilino accidental de aquel palacio empleaba en el estudio los momentos de respiro que le dejaban las fatigas de la guerra.

Aquellos dos hombres eran casi de la misma edad; el uno tenía treinta y seis años, el otro treinta y tres.

El de más edad era el más pequeño de cuerpo; gastaba todavía la coleta y los cabellos empolvados, y su persona respiraba cierto aire aristocrático debido sin duda á la riqueza y al extremado aseo de sus vestidos; tenía los ojos negros, sumamente vivos, la mirada resuelta y llena de audacia, y el rostro afeitado con el mayor esmero. Su uniforme era el de los generales republicanos del Directorio. Sobre una mesa inmediata á la silla en que acostumbraba sentarse para escribir, se veían al alcance

de su mano, su sombrero, su sable y sus pistolas.

Aquel personaje, del cual hemos hablado ya extensamente á nuestros lectores, era Juan Esteban Championnet, general en jefe del ejército de Roma.

El otro, mucho más alto, según hemos dicho, dejaba conocer á primera vista su origen septentrional; tenía los cabellos rubios, la tez fresca y sonrosada, los ojos azules, y límpidos y expresivos, la nariz regular, los labios delgados y la barba cuadrada, signo característico de las razas conquistadoras; la plácida calma que respiraba su varonil semblante permitía adivinar que, no sólo debía ser en el campo de batalla un soldado intrépido, sino también un general hábil y capaz de todos los recursos que proporcionan el valor y la sangre fría. Nació en Francia, aunque descendiente de una familia irlandesa, había servido en un principio en el cuerpo irlandés de Dillón. Después de la batalla de Jemmapes, en la cual se distinguió, fué nombrado coronel; y habiendo batido al duque de York en diferentes encuentros, atravesado el Wahal sobre el hielo en 1795, y habiéndose apoderado á la cabeza de su infantería de la escuadra holandesa, recibió el grado de general de división, y fué enviado á Roma á las órdenes del general Championnet.

Aquel segundo personaje era José Alejandro

Macdonald, el cual llegó á ser mariscal de Francia y duque de Tarento.

El que entonces hubiese oído la conversación que tenían aquellos dos generales, de seguro no hubiera creído que eran dos filósofos, dos arqueólogos, dos historiadores.

La revolución francesa ofreció esos fenómenos; habiendo concurrido todas las clases de la sociedad á formar el ejército, ella hizo que al lado de los Cartaux, de los Rossignol y de los Luckner brotasen los Miollis, los Championnet y los Ségur, esto es, el elemento material y rudo junto al elemento inmaterial y letrado.

— Creedme, querido Macdonald, decía Championnet á su teniente; cuanto más estudio en medio de Roma la historia romana, y particularmente la de ese gran guerrero, orador, legislador, poeta y filósofo, la de ese gran político llamado César, cuyos *Comentarios* deberían ser el catecismo de todo el que aspirase á mandar un ejército, más convencido estoy de que nuestros profesores de historia se engañan completamente respecto al elemento que en Roma representaba César. Mal que le pese á los hermosos versos latinos que Lucano escribió en elogio de Catón, César, amigo mío, era la humanidad, Catón no era sino el derecho.

— ¿Y qué eran Bruto y Casio? preguntó Macdonald con la sonrisa del hombre que no se halla convencido.

— Bruto y Casio, por más que saltéis al verme atacar los objetos de vuestro culto, eran dos republicanos de colegio, uno de buena fe, otro de mala: eran bachilleres de la escuela de Atenas, plagarios de Harmodio y de Haristogitón, miopes que no veían más allá de la punta de su puñal, espíritus mezquinos que no supieron comprender la asimilación del mundo que soñaba César; yo diré que nosotros, republicanos, inteligentes, debemos glorificar la memoria del conquistador de las Galias y maldecir la de sus asesinos.

— Querido general, eso no pasa de ser una paradoja que puede sostenerse como todas las paradojas, pero se necesitarían vuestro talento y vuestra elocuencia no para convertirla en axioma, sino para darle visos de verdad.

— Amigo mío, acordaos de nuestro paseo de ayer al museo del Capitolio; no sin motivo os dije: « Macdonald, mirad ese busto de Bruto, mirad aquellas caras. » ¿ Las recordáis?

— Perfectamente.

— Pues bien, comparad aquella frente poderosa, pero medio oculta por los cabellos que avanzan

hasta las cejas, carácter del verdadero tipo romano; comparad aquellas mismas cejas, espesas y contraídas, bajo las cuales apenas se percibe un ojo de mirada torva y sombría, con la frente espaciosa y despejada de César, con sus ojos de águila.

— Ó de halcón, *occhi griffagni*, ha dicho Dante.

— *Nigris et vegetis oculis*, ha dicho Suetonio, y me atengo á sus ojos negros y llenos de vida. Haced la comparación que os digo, y veréis de parte de quién está la inteligencia. La gran falta que echaban en cara á César era que había abierto las puertas del Senado á todas las naciones, á hombres que ni siquiera habían nacido en el Lacio; pues bien, en eso precisamente consistía su genio y al mismo tiempo el genio de Roma, crisol del mundo donde se fundían todas las razas.

— ¿ Y no creéis que á esa mezcla de razas deban los italianos la degeneración de su valor, y su apatía y desidia características? preguntó Macdonald.

— ¡ Ah! ¿ vos también, querido Macdonald, sois de los que se detienen en la superficie de las cosas sin penetrar en el fondo? Porque los *lazzaroni* son cobardes y perezosos — opinión que tal vez dista mucho de la verdad — ¿ por eso hemos de deducir que todos los napolitanos son perezosos y cobardes? Ved esas dos muestras que Nápoles nos envía :

Salvato Palmieri y Héctor Caraffa : ¿ conocéis en nuestras legiones dos individualidades tan poderosas? La diferencia que existe entre los italianos y nosotros, diferencia que mucho me temo nos sea desventajosa, consiste en que nosotros, fieles á nuestras costumbres serviles, morimos por un hombre, mientras que en Italia, generalmente hablando, se muere por una idea.

Cierto es que los italianos no tienen, como nosotros, ese espíritu aventurero que se lanza en busca de inútiles peligros; pero esto es una herencia de nuestros padres los antiguos galos. Tampoco tienen, como nosotros, la deificación caballeresca de la mujer, ni el delirio entusiasta del mundo feudal; pero es porque en su historia no descuella ninguna de esas mágicas figuras que se llaman Juana de Arco, Inés Sorel, Carlomagno y San Luis. Mas, en cambio, tienen un genio severo, inaccesible á las vagas simpatías. La guerra ha llegado á ser entre ellos una ciencia; los *condottieri* italianos son nuestros maestros en materia de estrategia. ¿ Qué eran nuestros capitanes de la Edad media, nuestros caballeros de Crecy, de Poitiers y de Azincourt junto á los Sforza, los Malatesta, los Braccio, los Grandegrande, los Farnesio, los Carmagnola, los Baglioni y los Ezzelino? César, el primer capitán de la anti-

güedad, era un italiano; y nuestro compañero Bonaparte, que concluirá por absorbernos á todos y por amarrar la Europa entera á su carro de triunfo, ese Bonaparte que creen encerrado en Egipto, pero que saldrá de un modo ó de otro, aunque para ello tenga que robar las alas á Dédalo ó al hipógrifo de Astolfo, es también de raza italiana. No hay más que mirar su escuálido y seco perfil: en él se encuentran líneas que recuerdan el de César, el de Dante y el de Maquiavelo.

— Por más entusiasta que seáis de ellos, querido general, confesaréis á lo menos, que hay una gran diferencia entre los romanos de los gracos, no quiero ir tan lejos, de los de Nicolás de Rienzi y los de hoy día.

— Sí, pero no tanta como creéis, Macdonald. La vocación del antiguo romano era la acción militar ó política; su único afán, conquistar el mundo y gobernarle en seguida. Á su vez, fué conquistado y gobernado, y no pudiendo ya obrar, sueña. Desde hace tres semanas que estoy aquí, no hago más que recorrer las calles y las plazas, contemplando en ellas esta raza monumental; pues bien, amigo mío, estos hombres son á mis ojos bajorelieves de la columna Trajano que marchan y respiran, ni más ni menos; cada uno de ellos es el *cives romanus*, de-

masiado gran señor y dueño del mundo para trabajar. ¿Les hacen falta segadores? van á buscarlos á los Abruzzos. ¿Necesitan mozos de esquina? los traen de Bergamo. ¿Tienen un desgarrón en la capa? se la dan á componer, no á sus mujeres, sino á un judío. Ella es siempre la matrona romana; pero no la matrona de la época de Lucrecia, que hilaba el copo junto al hogar, sino la de los tiempos de Catilina y de Nerón, que creía deshonorarse manejando una aguja, á menos que no fuese para atravesar con ella la lengua de Cicerón ó sacar los ojos á Octavia. ¿Cómo queréis que la descendencia de aquellos que iban de puerta en puerta recogiendo la espórtula, de aquellos que vivían seis meses de la venta de sus votos en el Campo de Marte, de aquellos á quienes Catón, César y Augusto prodigaban el trigo á celemines, para quienes Pompeyo mandaba construir foros y termas, de aquellos que tenían un prefecto de la anona encargado de mantenerlos, prefecto que aún tienen hoy día, si bien es verdad que ya no los mantiene, ¿cómo queréis, repito, que esa descendencia fatigue sus nobles dedos en un trabajo servil y manual? No, no podéis exigir que esos hombres trabajen. ¿No era el pueblo rey un pueblo de mendigos? Todo lo que podéis exigir á ese pueblo que ha perdido su corona, es que mendigue noblemente,

y eso es lo que hace. Acusadle, si queréis, de ferocidad; pero no le acuséis de ser débil, porque no tardaría su cuchillo en responderos. Su cuchillo no le abandona jamás, así como la espada no abandonaba nunca al legionario; él es su ley, él es también la ley y el arma del esclavo.

— Algo podemos decir nosotros de eso. Desde esa ventana que da sobre el jardín se descubre el sitio donde asesinaron á Duphot, y desde esta otra que da sobre la calle, aquel en que asesinaron á Basseville... Pero ¿qué es lo que veo? exclamó Macdonald interrumpiéndose repentinamente. Una silla de posta se para delante del palacio, y que Dios no me perdone si no es Garat el que viene en ella.

— ¿Qué Garat ?

— El embajador de la República en Nápoles.

— ¡ Imposible !

Championnet se asomó á la ventana y reconoció á Garat; suponiendo que su llegada era motivada por algún acontecimiento grave, corrió á la puerta del salón que le servía de biblioteca y de despacho.

Garat había subido ya la escalera y apareció en el corredor en el mismo instante en que aquella puerta se abría.

Macdonald quiso retirarse; pero Championnet le detuvo.

— Quedaos, querido general, le dijo ; vos sois un segundo yo, mi brazo izquierdo y algunas veces hasta el derecho.

Ambos esperaban con impaciencia las noticias que Garat traía de Nápoles.

Los cumplidos fueron breves ; Championnet y Garat cambiaron un apretón de mano. Macdonald fué presentado, y el embajador empezó su relato.

Garat refirió los acontecimientos que ya conocemos : la llegada de Nelsón, los festejos con que le recibió la corte y la declaración de guerra que el embajador creyó indispensable hacer á fin de poner á cubierto la dignidad de la República.

En seguida les contó lo que le había ocurrido en el camino; la rotura de su carruaje entre Castellone é Itri, su detención en casa del carretero, su encuentro con las princesas y con su escolta á la cual había despedido, el asesinato del yerno de D. Antonio por un joven que se llamaba fra Diávolo, quien, según costumbre, se había internado en la montaña para buscar en sus desfiladeros la impunidad del crimen haciéndose bandido, y, por último, que se había visto en la precisión de dejar al sargento Martín el encargo de recoger su carruaje, y había tenido que alquilar en Fondi la silla de posta en que

acababa de llegar á Roma sin otro accidente que un retraso de algunas horas.

Championnet escuchó al embajador sin interrumpirle, esperando que pronunciase alguna palabra relativa á su enviado; pero habiendo terminado su relato el ciudadano Garat sin hacer mención de Salvato Palmieri, Championnet empezó á temer que el embajador hubiese salido de Nápoles antes de la llegada de su edecán, y que por consiguiente, se hubiesen cruzado en el camino.

Inquieto por lo que hubiera podido ocurrir á Salvato después de la marcha del embajador, el general en jefe iba ya á dirigirle sobre este punto una infinidad de preguntas, cuando llamó su atención el estrepitoso ruido que había en la antecámara; al mismo tiempo se abrió la puerta, y el ordenanza de plantón anunció que un hombre vestido de paisano quería absolutamente hablar al general.

Pero dominando la voz del ordenanza, otra voz robusta y varonil llegó á los oídos de Championnet.

— Soy yo, mi general, decía; ¡soy yo, Héctor Caraffa!... yo que os traigo noticias de Salvato.

— Dejadle entrar, ¡voto á bríos! gritó á su vez Championnet. Precisamente iba á pedirselas al ciudadano Garat. Entrad, Héctor, y seáis bien venido.

El conde de Ruvo entró en el salón, y se precipitó en los brazos de Championnet.

— ¡Ah! querido general, ¡cuánto me alegro de volver á veros!

— ¿No hablabais de Salvato, Héctor? ¿Qué noticias me traéis de él?

— Malas y buenas á un mismo tiempo; buenas, porque debería estar muerto, y gracias á Dios, vive; malas, porque durante su desvanecimiento, los asesinos le robaron la carta que le habíais dado para el ciudadano Garat.

— ¿Le habíais dado una carta para mí? preguntó Garat.

Héctor se volvió.

— ¿Sois vos, caballero, el embajador de la República?

Garat hizo un saludo.

— ¡Malas noticias, malas, malísimas! murmuró Championnet.

— ¿Y por qué son malas? Explicaos, general, dijo el embajador.

— La explicación es muy sencilla: en mi carta os decía que nos hallábamos en la imposibilidad de entrar en campaña, porque carecemos de todo; de hombres, de dinero, de víveres, de vestuario, de armas, de municiones. En ella os suplicaba que

trataseis de mantener todavía por algún tiempo la paz entre la República y el reino de las Dos Sicilias; y ahora me encuentro con que mi enviado llegó demasiado tarde, con que vos habíais ya salido, con que han tratado de asesinarle... ¡qué sé yo! ¡Hablad, Héctor, hablad! Sería una gran desgracia que mi carta hubiese caído en manos de nuestros enemigos, pero lo sería aún mayor que nuestro pobre Salvato muriese de resultas de sus heridas; porque habéis dicho que está herido, ¿no es cierto? que han querido asesinarle...

— Y no faltó mucho para que lo consiguieran. Espiaron su llegada, le siguieron, y seis hombres le esperaron en Margellina al salir del palacio de la reina Juana. Vos, que conocéis á Salvato, comprenderéis que no se dejó degollar como un cordero: de los seis mató á dos y puso á otros dos fuera de combate: pero al fin, uno de los esbirros, el jefe, un tal Pascuale de Simone, asesino al servicio de la reina, le tiró el cuchillo, el cual le entró en el pecho hasta el mango.

— ¿Y dónde, cómo cayó?

— ¡Oh! tranquilizaos, mi general; hay prójimos que nacen con fortuna y ese bribón es uno de ellos; fué á caer entre los brazos de la mujer más linda de Nápoles, la cual empezó por ocultarle á todas las miradas, incluso la de su marido.

— Pero, ¿y la herida?... ¿y la herida? exclamó el general. Héctor, ya sabéis que quiero á Salvato como á un hijo.

— La herida es grave, pero no mortal; el que le cuida es el primer médico de Nápoles, uno de los nuestros, y responde de su vida. ¡Oh! ¡nuestro Salvato ha estado magnífico! Nos refirió su historia, una verdadera novela, pero una novela terrible, querido general: ¡como al Macduff de Shakspeare, le sacaron vivo del vientre de una muerta! Ya os la contará algún día, ó mejor dicho, alguna noche en el vivac mientras llega la hora del combate. Pero hablemos de otra cosa: en Nápoles, ha empezado ya la degollación de los nuestros; Cirillo, al venir á anunciarme la noticia que acabo de daros, tuvo que detenerse dos horas en el muelle, porque halló obstruído el paso... ¿por qué diréis? por una hoguera en cuyas llamas quemaban vivos los *lazzaroni* á los dos hermanos della Torre!

— ¡Ah! ¡miserables! exclamó Championnet.

— ¡Un poeta y un bibliómano! ¡los dos seres más inofensivos de Nápoles! Figuraos, mi general, ¡qué habrían podido hacerles esos infelices! Además, se habla de un gran consejo celebrado en palacio (esto me lo ha dicho Nicolino, que es el amante de la San Clemente, una de las damas de



honor de la reina), consejo en el cual se ha decidido, según parece, la guerra contra la República; Austria facilita el general.

— ¿Sabéis quién es?

— El barón Carlos Mack.

— Su reputación no es muy temible.

— No; pero lo que hay de más temible, es que Inglaterra presta su apoyo y su dinero; á esta fecha tienen 60,000 hombres prontos á marchar contra Roma dentro de ocho días, ó antes si preciso fuere... Creo que es todo cuanto ocurre.

— ¡Diablo! ¿y os parece poco? respondió Championnet.

Luego, volviéndose al embajador:

— Ya lo veis, querido Garat, le dijo; no hay momento que perder. Afortunadamente, recibí ayer dos millones de cartuchos; verdad es que no tenemos cañones; pero con dos millones de cartuchos y doce mil bayonetas para cuando se quemén, ya tomaremos los del ejército napolitano.

— Salvato nos había dicho que no teníais más que nueve mil hombres.

— Sí, pero cuento con tres mil de refuerzo. ¿Estáis muy cansado, Héctor?

— Y aunque lo estuviera, mi general.

— Entonces, ¿os atrevéis á salir para Milán?

— ¡Inmediatamente! pero me permitiréis que almuerce y me ponga otro vestido, porque me muero de hambre y ya veis que estoy de lodo que no hay por donde cogerme. Como que he venido por Isoletta, Agnani y Frosinone, cuyos caminos estaban hechos un barrizal con la lluvia de ayer. No es extraño que el pobre ordenanza no quisiera dejarme entrar.

Championnet tocó la campanilla y su ayuda de cámara se presentó en el salón.

— Un almuerzo, un baño y un vestido para el ciudadano Héctor Caraffa; que el baño esté listo dentro de diez minutos, el vestido dentro de quince, el almuerzo dentro de media hora.

— Mi general, dijo el ayuda de cámara: el ciudadano Caraffa es mucho más alto, y ninguno de vuestros vestidos podrá servirle.

— Tomad la llave de mi maleta, dijo Garat, abridla y sacad de ella cuanto ropa necesite el conde de Ruvo; poco más ó menos somos de la misma estatura, y en último caso, en tiempo de guerra, no se repara en la medida del uniforme.

— En Milán encontraréis á Joubert; con vos hablo, Héctor, escuchad lo que os digo, repuso Championnet.

— No pierdo una palabra, mi general.

— Allí encontraréis á Joubert, y le diréis que se arregle como pueda ; pero que es indispensable que me envíe tres mil hombres so pena de que perdamos á Roma ; si le es posible, que me mande con ellos á Kellermán ; es un excelente general de caballería y la caballería es lo que más necesitamos : vos los conduciréis, Héctor, dirigiéndolos á Cívita-Castellana ; allí nos encontraremos probablemente. Inútil me parece recomendaros la mayor diligencia.

— Mi general, el hombre que acaba de andar en cuarenta y ocho horas sesenta leguas de montañas y barrizales, no necesita recomendación.

— Lo sé, querido Héctor.

— Además, dijo Garat, yo me encargo hasta Milán del ciudadano Caraffa ; mi silla de posta llegará mañana, y...

— No la esperaréis, interrumpió Championnet, porque vais á tomar la mía. En las actuales circunstancias no podemos perder ni un minuto. Macdonald, hacedme el obsequio de escribir en mi nombre á todos los jefes de cuerpo que se hallan en Terracina, Ascoli, Prossedi, Frosinone, Veroli, Tívoli, Piperno, Fermo y Macerata, diciéndoles que no hagan ninguna resistencia, y que tan pronto como sepan que el enemigo ha pasado la frontera

se replieguen sobre Cívita-Castellana, esquivando todo encuentro.

— ¡Cómo ! exclamó Garat, ¿abandonáis á Roma sin tratar de defenderla ?

— Y si puedo, la abandonaré sin disparar ni un solo tiro ; pero, tranquilizaos, no será por mucho tiempo.

— Querido general, en materias de guerra me humillo ante vuestra pericia ; vos sabréis lo que más conviene.

— ¿Yo ? no sé más que lo que dice Maquiavelo.

— ¿Y qué dice Maquiavelo ?

— ¡Cómo ! ¿Será menester que á vos, á un diplomata que debería saberle de memoria, enseñe lo que dice Maquiavelo ? Pues bien, dice.... escuchad, Héctor, escuchad, Macdonald... dice : « Todo el secreto de la guerra consiste en dos cosas : en hacer aquello que el enemigo no puede sospechar, y en dejarle que haga cuanto se ha previsto que ha de hacer ; siguiendo el primero de estos principios, se inutilizan sus planes de defensa ; observando el segundo, se echan por tierra sus planes de ataque. » Maquiavelo era un gran hombre, querido Garat, leedle con atención, y así que le hayáis leído...

— ¿Y bien ?

— Volved á leerle.

En aquel momento se abrió la puerta y se presentó de nuevo el ayuda de cámara.

— Héctor, aquí está ya Scipión que viene á anunciaros que vuestro baño está listo. Y ahora instruiré á Garat de lo que debe decir al Directorio respecto á las rapiñas de sus agentes en Roma; en seguida nos sentaremos á la mesa, y con el vino de las bodegas de su señoría, brindaremos á nuestra próxima y feliz entrada en Nápoles.

## CAPÍTULO II

### Giovanina

DEBEN haber observado nuestros lectores el cuidado con que les conducimos á través de un país por entre personajes que les son desconocidos, con objeto de conservar á tiempo á nuestra relación toda la firmeza del conjunto y la variedad de los detalles. Esta preocupación nos ha arrastrado naturalmente á ciertas ampliaciones que no se volverán ahora á reproducir, ahora que, menos algunas individualidades que hallaremos al paso, todos nuestros personajes han entrado en escena, y en tanto que nos ha sido posible han manifestado su carácter por la acción misma. Por lo demás, nuestra opinión es que la ampliación ó la brevedad de una materia no está sujeta á medida; ó la obra es interesante, en cuyo caso parecerá corta al público, aunque tenga veinte volúmenes, ó fastidiosa, y aunque sólo tenga diez páginas, el lector cerrará

TOMO III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1825 MONTERREY, MEXICO